

“MAR ADENTRO”

10 de Febrero de 2013

Lectura del evangelio según LUCAS 5,1-11

La gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret, vio dos barcas que estaban junto a la orilla; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes.

Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón:

-Rema mar adentro, y echad las redes para pescar.

Simón contestó:

-Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes.

Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús diciendo:

-Apártate de mí, Señor, que soy un pecador.

Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Jesús dijo a Simón:

-No temas; desde ahora serás pescador de hombres.

Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Ψ Ψ

En el **evangelio** de hoy nos encontramos con un diálogo entre Jesús y Pedro, sencillo y profundo a la vez, diálogo que podríamos hacer nuestro en medio de las aguas tempestuosas de este mundo mientras nos esforzamos en nadar contra corriente. Pedro sabía que en la noche y con las aguas tranquilas se pesca mejor,

eso había estado haciendo toda la noche ¡y no habían cogido ni un pececito! Pero llega Jesús que sin ser pescador le dice sencillamente, que eche las redes para pescar...

Éste es el verdadero milagro: creer cuando todo parece ilógico. La abundante pesca y las redes llenas de peces son sólo la consecuencia de la fe. Todos los relatos de milagros en el evangelio comienzan con la fe o la suscitan, es la condición para ver la acción de Jesús.



Claro, la cosa no es tan sencilla, se necesita una fe muy grande dada por Dios, para que igual que Pedro, creamos en Jesús, rememos mar adentro y echemos las redes para pescar, entonces veremos otro milagro en nuestras vidas y en nuestra comunidad.

Y es que ser discípulos de Jesús exige confiar en su palabra. La misión a la que Jesús nos quiere enviar es osada y, hoy por hoy, con pocas probabilidades de éxito. Jesús quiere contar con nosotros y nosotras para el proyecto de Reino. Jesús convoca a sus amigos para que sean pescadores de personas, por eso todo seguimiento exige "remar mar adentro" para abandonar las seguridades de la orilla, asumir responsabilidades y meterse en una gran obra: el servicio al Reinado de Dios, es decir, una utopía de la que serán beneficiarios todos los hombres y mujeres del mundo.

HAY QUE MOJARSE

No es bueno quedarse en la orilla
como el malecón
o el molusco
que quiere imitar a la roca

Entra despacio
como el bañista que, temeroso,
con mucho amor y recelo al agua
introduce primero sus pies
en la espuma
y siente el agua subirle
y se atreve
y ya casi se decide
y ahora con el agua en la cintura
todavía no se confía.

Pero él extiende sus brazos
abre al fin sus dos brazos
y se entrega
completo

Y allí fuerte se reconoce
y crece
y se lanza
y avanza
y levanta espumas
y salta y confía
y hiende y late
en las aguas vivas
y canta
y es joven

HUELLAS DE DIOS

Era africano. Y creía en Dios. Alguien se propuso
tomarle el pelo y reírse de él. Y le preguntó:

-¿Cómo sabes tú que existe Dios?

-¿Y cómo sabes tú que una persona o un perro o un
burro ha estado alrededor de tu choza?

-Lo descubro por las huellas que deja en la arena del
suelo.

- También yo descubro a Dios por las huellas que deja.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Dios nos llama a todos, pero... ¿a qué?
- ¿En qué podemos concretar hoy el seguimiento a Jesús?



Jesús quiere que el hombre y la mujer vivan

Las calles de nuestro entorno europeo se están llenando a menudo con los gritos de mucha gente que ya no aguanta más la falacia de los poderosos de la tierra; gritos con eslóganes repetidos en todas partes del planeta y gestos premonitorios de que otra forma de vivir es posible.

Ellos y ellas, jóvenes y mayores, madres y padres con niños y niñas, gentes de todas las razas y de muchas religiones estamos diciendo y gritando y cantando y bailando: «Dios quiere que el hombre viva»: ese es nuestro sueño y nuestra realidad en marcha. Somos los que nos sentimos enviados, con Jesús, a vivirlo y hacerlo posible para todos.